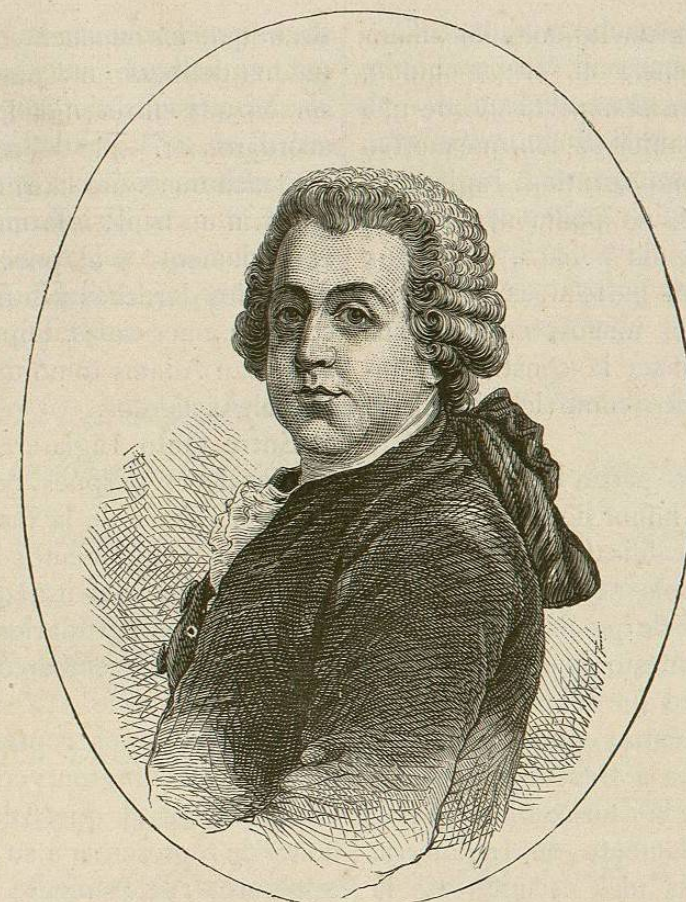


que hicieron adquirir á Washington su renombre y su fama, y aquellos á que principalmente debieron sus triunfos Alejandro, César y Napoleón; el amor al pueblo y á su patria, hacia que se reflejara en el alma del héroe americano esa sencilla majestad, esa moralidad ejemplar, ese desinterés magnánimo y nobleza de sentimientos que hicieron su nombre querido á la humanidad. Nunca se demostró tan palpablemente que la rectitud y la dignidad son los grandes principios reconciliadores, así de la vida social como de la política; que son el núcleo al rededor del cual se purifican inevitablemente los elementos de la integridad nacional, por

muy dispersos y pervertidos que se hallen; y por último, que los hombres verdaderamente amantes de la verdad y esclavos de sus deberes, se convierten, no en deslumbrantes meteoros ni en heroicos conquistadores, sino en oráculos de la fe pública, en representantes de lo que hay más elevado en nuestra naturaleza, y por lo tanto, en una autoridad que debemos enorgullecernos en reconocer. El apelativo aplicado á Washington es una prueba admirable de esto, y da una profunda significacion á la magnífica idea de que *La Providencia no quiso concederle hijos para que su patria pudiese llamarle Padre.*



JUAN ADAMS

Segundo Presidente de los Estados Unidos

De ese admirable grupo que formaron los fundadores de la República norte-americana, de esos hombres heroicos que con noble desinterés y generosa abnegacion, consagraron su existencia y todas sus fuerzas vitales á conquistar las libertades patrias, arrojando las iras de una nacion que en vano trató de someterlos á su yugo, destácanse en primer término las figuras de algunos esclarecidos varones cuyos nombres vivirán eternamente en la memoria de sus compatriotas, y cuyos hechos han dejado una página brillante en la historia de los pueblos. Si se pudiese dudar que los grandes pensamientos nacen del alma y que los hombres valen más por el carácter que por el espíritu, bastara leer las biografías de la mayor parte de esos ardientes defensores de la libertad para reconocerlo así. Y no fué sólo por la fuerza del genio, por su persuasiva elocuencia y por su heroísmo, por lo que se distinguieron tan gloriosamente de sus contemporáneos, ni tampoco porque llevaran á buen fin su grandiosa empresa; fué sobre todo por su resolucion serena é inquebrantable, siempre hija del sentimiento de su deber. Por eso su historia no es sólo una página importante en los anales del siglo XVIII,

sino tambien una leccion de moral y un tributo rendido á la naturaleza humana.

En primera línea de ese noble grupo de patriotas, despues de Washington, figura Juan Adams, el amigo y el colega del primer Presidente. Nacido el 13 de octubre de 1735 en Braintree (Massachussets), era hijo de una de las principales familias que habian huido de las persecuciones de Jacobo I, prefiriendo el destierro ántes que abjurar de su fe y de sus principios; pudo crecer y educarse teniendo siempre á la vista esos ejemplos domésticos de virtud y de valor, que ejercen una influencia decisiva en las almas naturalmente generosas. Consagrado desde un principio á estudiar la austera ciencia del derecho, hizo tan rápidos progresos, que apenas terminada su carrera de leyes, alcanzó ya la reputacion del más sabio y hábil jurisconsulto que se conocia en las colonias americanas. De aquí nació su opulencia, casi régia, que sus adversarios políticos le censuraron más tarde, diciendo que debia haber vivido con una modestia republicana.

Rico, feliz y respetado, Adams se fortalecia cada vez más en su amor á la legalidad, cuyos secretos enseñaba, cuando comenzó el gran